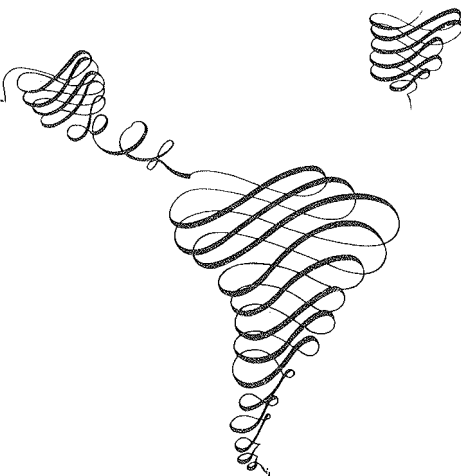




Cristo como protagonista

Cristóbal Sarrias *

DE un tiempo a esta parte, la figura de Jesucristo interesa de manera especial a los autores de novelas y a los productores cinematográficos. Y es una «moda» que resultaría comprensible y aun justificable si no se tratara, en demasiadas ocasiones, de manipulaciones que aprovechan la importancia y trascendencia de su figura, para colarse de rondón en el mercado editorial, y orquestar la algarabía de la confusión.

Ecos de la historia

LA importancia objetiva e histórica de la figura de Cristo no necesitamos probarla, aun al margen de la fe, porque es obvia. Está en el origen de los cambios más espectaculares que han ocurrido en la historia, especialmente de Occidente, y desde hace veinte siglos es la piedra angular de toda una civilización, que ha tomado su nombre de la inspiración que la ha alentado, siguiendo su doctrina.

* Jesuita, escritor y crítico literario. Barcelona.

Pero lo que sirvió en los primeros tiempos para alimentar la imaginación de los llamados «apócrifos» (1), y más tarde fue arma arrojada de la polémica (2), ha entrado en el campo de la narrativa como un sujeto más de la fabulación creadora de varios autores de hoy.

¿En los límites de la ciencia ficción?

HAN tenido éxito, entre algunos lectores amantes de la ciencia ficción, los libros que ha escrito J. J. Benítez, con el título *El caballo de Troya* (Planeta), en los que asegura desvelar misterios hasta ahora ocultos de la vida de Cristo, cosa que anuncia igualmente en *El testamento de San Juan*. Y la serie de obras menores que trasladan a Cristo a Kachemira, o lo envuelven en el misterio de los templarios (3), sin que lleguen a ser más que fáciles especulaciones sensacionalistas, por muy vinculadas que parezcan a ciertas investigaciones, o crípticos descubrimientos.

La narrativa, reflejo de problemas personales

SIN embargo, dejando aparte lo que es más que pseudoarqueología o búsqueda de sensacionalismo documental más o menos sectario, últimamente han aparecido diversas obras del género narrativo, que merecen un breve comentario, aunque no sea más que al hilo del último Premio Planeta, *La prueba del laberinto*, de Fernando Sánchez Dragó que, como veremos, no puede sostenerse ni literaria, ni mucho menos, científicamente.

No se puede entrar, en unas pocas líneas, en el análisis pormenorizado de contenido, ni, evidentemente, en la profundización que pediría una exégesis teológica, sobre todo porque no se presentan como estudios

(1) Ver *Los evangelios apócrifos*. Edición bilingüe preparada por A. de Santos Otero (7.ª edic.), BAC, Madrid, 808 págs.

(2) Asume recientemente con amplitud diversos aspectos de ella Schillebeeckx, en *Jesús, historia de un viviente* (Cristiandad) y *Jesús en nuestra cultura* (Sígueme). También Bornkamm, en *Jesús de Nazaret* (Sígueme).

(3) Omitimos la serie de títulos publicados para evitar ser prolijos. Todos ellos son de una endeblez científica (?) e histórica (!) tal, que los hacen impresentables.

más o menos profundos, sino como resultado de la recreación literaria de la figura y del entorno de Jesús, desde ópticas concretas, vinculadas a ideologías, o a simples visiones y presupuestos muy personales.

Así aparece en obras como *La última tentación*, del griego Nikos Kazantzakis, que dio origen al film de Scorsese del mismo título, y que tanta polvareda levantó hace muy pocos años. El autor de *Cristo de nuevo crucificado* reflejaba, en unas páginas ardientes, y con frecuencia gratuitas, los problemas que le obsesionaban en su vida de creyente ortodoxo. La intensa exigencia de una sexualidad que le atormentaba le hizo reflejar en la vida humana de Cristo, no solamente una respuesta, sino un eco contundente (y salvador) de sus limitaciones y angustias personales.

Escandalizó a muchos, y la traducción alemana entró muy pronto a formar parte de los libros incluidos en el *Índice*. En realidad no buscaba —como manifestó en repetidas ocasiones— disminuir la figura de Cristo, sino encontrar la manera de explicarse a sí mismo, con sus contradicciones y sus luchas. Quería presentar a un Jesús verdadero hombre, y al mismo tiempo creía en él como verdadero Dios, aunque se arriesgara en demasiadas ocasiones, adentrándose en lo escabroso, pero sin dejarse llevar por la voluntad de echar por la borda elementos fundamentales que configuraron la realidad existencial de Jesús. Y siguió un camino que ya había iniciado, no menos fogosamente pero con más equilibrio doctrinal, Giovanni Papini en su *Historia de Cristo*.

La transcripción cinematográfica de Scorsese incidió en alguno de los aspectos aptos para la controversia, con imágenes mucho más impactantes que lo escrito por Kazantzakis, que resultaban desmesuradas y poco aptas para ser vistas con objetiva y crítica serenidad, por muchos de los creyentes que acudían a contemplar la película, y que la máquina publicitaria y comercial se encargó, además, de exagerarlas repetidamente. Careció del equilibrio y la mesura que demostró Passolini en su película *El Evangelio según San Mateo*, como recoge J. M. Castellet en sus conversaciones con el cineasta italiano (4).

Por su parte, el novelista japonés Endo Shuzaku, perteneciente a la minoría católica del país, en su *Jesús*, nos deja adivinar su mundo de fe contrastada por un entorno, cuya cultura no es precisamente cristia-

(4) Ver el capítulo dedicado al director italiano en la obra de J. M. Castellet, *Los escenarios de la memoria* (Anagrama).

na. Su modo de aproximarse al Cristo vivo que alienta en las tinieblas de su creencia está condicionado por su difícil situación como novelista, visto como un extraño occidentalizado entre sus compañeros de profesión (5).

Aunque indirectamente, el nobel Par Lagerwist, en su novela *Barabbás*, nos deja el testimonio de sus problemas de fe, con todo el rigor y pesimismo de un existencialismo influido por las visiones pesimistas de Kirkegaard.

Fabulación gratuita y diletante

MÁS gratuito en su fabulación es Robert Graves en su novela *Rey Jesús*, en la que deja volar su imaginación hacia extremos en los que apenas hay huella ninguna de lo que nos atestigua con suficiente fidelidad la Historia. Para Graves, Jesús es el hijo de un oficial herodiano, que viola a María, aunque la voluntad del rey la hace desposar con un anciano de su corte, José, para luego unirla a su aventura política, enfrentado con los romanos y los propios judíos (6). Una narración llena de gratuidades, y ofensiva hacia la figura de María, de un modo especial.

Dentro de esta línea de manipulación de la figura de Jesús, con el deseo especial de desprestigiar al cristianismo (y a toda religión) está la reciente obra de Gore Vidal, todavía no traducida al castellano, *The Gospel of Gore Vidal*. En confesiones hechas en programas de la televisión americana, este prolífico (y superficial) autor se proclamaba luchador contra toda idea de religión, con el eco en sus palabras del ya superado pensamiento de Marx de que la religión es el opio del pueblo. El «evangelio» de este autor, que juega a «enfant terrible» en el mundo de las letras USA, es una mezcla de insensateces e historias abracadabrantes, que pueden servir para deleite de un snobismo antirreligioso, de comadreo sin valor ninguno, como no sea el de querer manchar la historia de la Iglesia, justificando

(5) Endo Shusaku habla ampliamente de sus conflictos personales y sociales en su obra *Silencio*.

(6) Gore Vidal, en *Juliano el apóstata*, recurre a las mismas extrañas divagaciones para atacar al cristianismo y ensalzar la figura del emperador Juliano.

su actitud por aislados escándalos, que son propios de la crónica de sucesos (7).

Este afán de originalidad, para cierto lucimiento personal, late también detrás de la obra de Ramón Hernández, *Golgotha*, que ha pasado sin pena ni gloria por nuestras librerías, y es de una gran pobreza literaria.

El ataque a la fe, como objetivo

LA edición reciente en castellano de la antigua novela del conocido anticlerical y carbonario italiano Petrucci de la Gattina, *Memorias de Judas*, no responde más que a la necesidad de encontrar un título aparentemente comercial, pero su contenido, en realidad, no engaña a nadie. Porque, ¿a quién puede embaucar, haciendo de Judas el verdadero agitador antiromano, valiéndose del pacifismo espiritualista de Jesús? Es un verdadero insulto a la inteligencia...

Dentro de esta línea de aproximación a quien traicionó a Jesús por treinta monedas, está la obra del autor polaco Henrik Panas, *El evangelio de Judas*, que resulta nebulosa y laberíntica, sin saberse a ciencia cierta qué es lo que pretende: ¿responder a la inquietante pregunta que se plantean los discípulos en la última cena, “¿acaso soy yo?”, y que aparece con tanta relevancia en *Proceso a Jesús*, de Fabri?

Escondiendo tras sí una ideología política filomarxista, la novela de Manuel Otero Silva, *La piedra que era Cristo*, puede resultar engañosa para un lector superficial. La exuberancia de un estilo típicamente sudamericano puede esconder las verdaderas intenciones del autor, que intenta hacer de Cristo el paradigma del revolucionario, defensor de los pobres traicionado por sus seguidores. Un Cristo que escondía tras su palabras el grito de *proletarios del mundo, uníos*.

Se puede llegar todavía más lejos, y lo hace la obra del portugués José Saramago, *El Evangelio según Jesucristo*, que merece un comentario más detallado.

(7) En el «show» de Dick Cavett, ante la insinuación de que podría escandalizar su obra a creyentes sencillos, se justificó hablando de la exención de impuestos, dinero que se emplea para cubrir los altos (¿?) costos de los juicios a que son sometidos, según él, algunos miembros de la Iglesia.

Porque el autor de *Memorias de un convento* es, por un lado, un militante convencido del PC portugués, y profesa un manifiesto ateísmo, que no ha disimulado jamás. Y en esta obra, no solamente falsea la vida de Jesús hacia extremos, no por poco imaginativos (relaciones familiares, vida con María Magdalena, utilización del poder de hacer milagros para su provecho), sino que nos presenta a un Dios Padre cruel, intransigente, demoledor, sádico. Toda la novela está inmersa en un ambiente tenebroso, en el que Jesús se ha de enfrentar con el Padre, se deja manipular por el Diablo, y acaba cediendo a las más elementales tentaciones. Cristo es el juguete de los tres escollos que sintetiza Marcos 4, 1-11, y sucumbe ante el atractivo de la sexualidad, del pragmatismo a ultranza (8), del espectáculo y del falso mesianismo, intentando escabullirse de la voluntad de un Padre que le acosa gratuita y ferozmente hasta la muerte.

La obra de Saramago es demoledora, destruyendo cualquier atisbo de divinidad en Jesucristo, y asumiendo todas las leyendas negativas sobre su vida, para hacerlo un juguete de un destino que le acorrala, sin saber demasiado bien por qué.

El Evangelio según Jesucristo puede considerarse una obra bien escrita, es cierto, y planteada con habilidad. Más aún, puede llegar a proporcionar elementos que inviten a la reflexión, y ayuden a superar actitudes más cercanas a la piedad fácil que a la complejidad del Misterio, pero es inadmisibile desde el punto de vista del creyente.

¿Se puede tomar en serio a Sánchez Dragó?

LA prueba del Laberinto, de Fernando Sánchez Dragó, es el incomprensible Premio Planeta 1993. Resulta casi inconcebible que un jurado serio haya podido premiar una obra plagada de incongruencias, que insinúa dar la clave del misterio de Cristo, acudiendo a lugares comunes, y se deja llevar por una verborrea inaguantable.

Sánchez Dragó se autocita constantemente, se complace en recrearse fumando porros, o deslizándose entre las sábanas con la azafata o la seductora de turno, mientras alude a conocimientos esotéricos sin ton ni

(8) A este respecto es interesante una relectura del libro de Henry Dumery, *Las tres tentaciones del apostolado moderno*.

son, y se dedica a prometer al lector que sus revelaciones conmoverán los cimientos de la fe.

No molesta lo que pueda decir a un espíritu creyente, porque es imposible tomárselo en serio, pero irrita el ver que un tema tan grave es tratado con una frivolidad increíble, y con un desconocimiento total de las consecuencias de llegar a estos extremos.

Las doctrinas orientales, a las que tantas veces recurre en sus contenidos y en sus métodos, se merecen un mayor respeto, como también lo merece el lector que se asoma a estas páginas, a las que acude engañado por los reclamos publicitarios y por lo importante del tema. Pero todo resulta un fiasco, porque, entre otras cosas, no cumple nada de lo que promete en sus primeras páginas, y se escuda en que va a publicar una trilogía sobre el tema. El engaño es manifiesto, y la obra no resiste ninguna crítica, por poco seria que sea, ni siquiera literariamente.

La prueba del Laberinto es la acumulación de fáciles elementos cabalísticos, que ya están al alcance de todo el mundo, con la purificación de la literatura sobre los esoterismos. Jesucristo no está presente por ninguna parte, como no sea en la promesa —que esperemos que no cumpla— de publicar varios volúmenes sobre sus divago/investigaciones. No puede dañar más que al sistema nervioso de quien desee llegar hasta la última página, para lo cual tendrá, sin duda, que insistir en las rítmicas respiraciones que él mismo dice emplear para superar dificultades insalvables.

Unos interrogantes a modo de conclusión

TODA esta literatura «heterodoxa» sobre Cristo nos podría llevar a varias conclusiones, que son inquietantes, por lo que tienen de interrogación.

¿Es imposible escribir sobre Cristo, sin que se llegue a la obra piadosa o de elucubración teológica o arqueológica? Unas vidas de Cristo recientes, como la de José Luis Martín Descalzo, ¿puede decirse que superen la barrera de lo estrictamente religioso? ¿Acaso el Jesús que está vivo en los evangelios ha agotado en ellos su capacidad de re-creación literaria? Y si esto se hace, ¿por qué los autores han de surgir del campo de la heterodoxia, o refugiarse en ella? Es un cuestionamiento que es necesario hacerse.